

„Y salía el tiro, adivinándose que la víctima caía por la risotada que les arrancaba el asesinato.

„Cuando una mujer pasaba, gritaban los oficiales: Tirad á la mujer! ¡tirad á todas cuantas pasen!

„Esa era una de las palabras de la consigna. En el boulevard de Montmartre, en donde se hizo mucho uso de la bayoneta, un jóven capitán de Estado Mayor gritaba: ¡Ea, pinchad á las mujeres!

„Una infeliz mujer, con un pan bajo del brazo, que creyó poder atravesar la calle de Saint-Fiacre, fué tumbada por un tirador.

„En la calle de Juan Jacobo Rousseau no se llegaba á tanto. A una mujer que gritaba ¡Viva la República! se contentaron nada más los soldados que con aporrearla.

„Pero volvamos al boulevard.

„Un ujier que pasaba fué herido en la frente, y al caer de bruces exclamó: Por piedad, no me mateis!; pero á pesar de ésto recibió otras trece balas en el cuerpo. Sin embargo, no murió; por una extraña casualidad, ninguna herida era mortal; la bala de la frente solo había perforado la piel y dado vuelta alrededor del cráneo, sin romperlo.

„Un anciano de ochenta años, encontrado en un rincón de no sé dónde, fué llevado ante la galería del *Profeta*, donde se le fusiló. Al caer dijo un soldado en són de mofa: *No se hará ningun chichón en la frente*. El anciano había caído sobre un montón de cadáveres.

„Dos jóvenes de Issi, casados hacia un mes con dos hermanas y que venían de sus quehaceres, atravesaban el boulevard, cuando se vieron de pronto apuntados por varios fusiles; al observarlo se pusieron de rodillas, exclamando: ¡Por piedad! ¡somos casados con dos hermanas!... No terminaron la frase; al punto cayeron muertos.

„Un cafetero ambulante llamado Robert, habitante del arrabal Poissonnière, número 97, huía por la calle de Montmartre, con su fuente al hombro, cuando fué alcanzado por varias balas, dejándolo muerto en el acto (1).

(1) Podemos publicar el nombre del testigo que ha visto este hecho; está proscrito, y es el representante del pueblo Versigny. «Todavía veo, dice, á lo alto de la calle Croissant, al desgraciado cafetero ambulante, con su cafetera de hoja de lata al hombro, vacilar, encogerse y caer muerto contra la delantera de una tienda. Llevaba por armas la cafetera y la campanilla, que mereció los honores de un fuego de peloton.»

El mismo testigo añade: «Los soldados barrián á tiros hasta las calles que no tenían un solo adoquín fuera de su lugar, ni un combatiente con armas.»

„Un niño de trece años, aprendiz de guarnicionero, que atravesaba el boulevard por delante del café Nachette, prorrumpió en gritos desesperados al ver que los soldados le apuntaban; llevaba una brida de caballo en la mano, y agitando, decía: „Voy á un encargo de mi amo.“ No se le atendió; tres balas le atravesaron el pecho.

„A lo largo del boulevard no se oía más que ayes y lamentos de los heridos que los soldados acribillaban á bayonetazos, dejándoles que sufriesen las angustias de la muerte y sin rematarlos.

„Algunos ladrones aprovechaban la ocasión para robar. El cajero de una compañía, que residía en la calle de la Banca, salió á las dos de su despacho y fuése á cobrar una suma á la calle de la Bergère; cuando volvía con el dinero fué muerto en el boulevard. Al levantar su cadáver ya habían desaparecido la sortija, el reloj y la cantidad con que volvía.

„Pretextando que se había disparado contra ellos, los soldados entraron aquí y allá en diez ó doce casas, pasando á la bayoneta á todos los que en ellas se encontraban.

„Hay en todas las casas del boulevard conductos por los cuales se dá salida á las aguas sucias que van á parar al arroyo. Los soldados, sin saber por qué, desconfiaban ú odiaban las casas completamente cerradas, mudas, silenciosas y que, como todas las demás del boulevard, parecían inhabitadas, por su aspecto silencioso; así que llamaban á dichas casas, se abría la puerta y entraban, observándose poco despues de esto salir por la boca de los conductos un chorro encarnado y humeante de sangre.

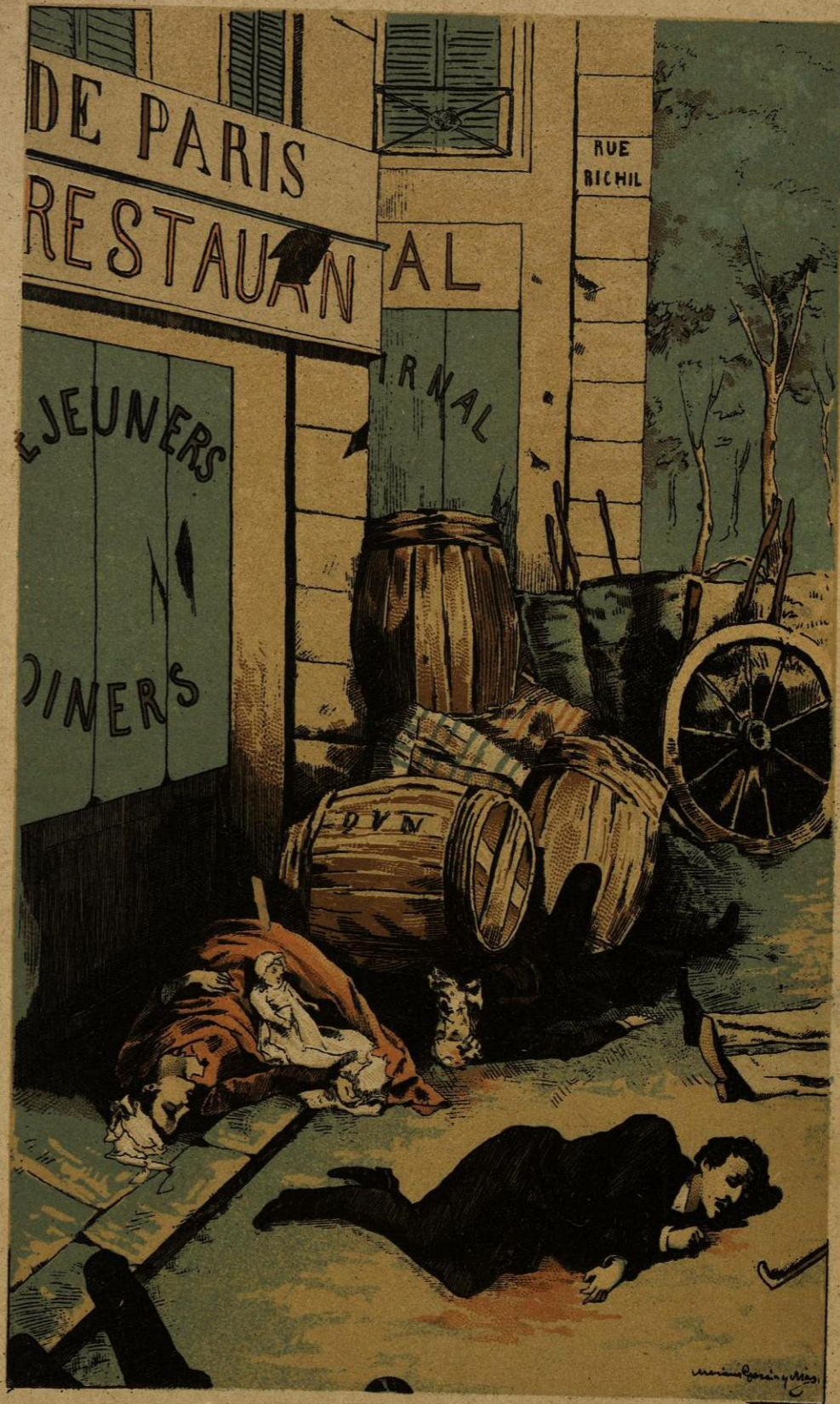
„Un capitán, con sus ojos fuera de las órbitas, frenético, gritaba á los soldados: No dar cuartel á nadie!

„Un jefe vociferaba á su batallón: Entrad en las casas y matad á todos!

„Por todas partes se oía decir á los sargentos: ¡Cargad contra los beduinos; firme contra los beduinos! En los tiempos de Napoleón I, cuenta un testigo, los soldados llamaban á los burgueses paisanos: en la actualidad se nos llama beduinos.

„Cuando los soldados mataban á los paisanos, el grito era de ¡Animo contra los beduinos!

„En el Circulo de Frascati, donde estaban reunidos varios de sus frecuentadores, entre ellos un antiguo general, se escuchaba riendo el ruido de la mosque-



ASPECTO DE PARIS EL DIA 5 DE DICIEMBRE DE 1851.

tería y cañoneo, pues no se creía que se tirase con bala, diciendo de vez en cuando: "Todo es pólvora en salva! ¡un juego de escena! ¡qué comediante es el tal Bonaparte!", y se creían estar en el circo. Mas de pronto los soldados entran furiosos en el salón, pretendiendo fusilar á todo el mundo.

"Nadie sospechó el peligro que corría y continuaron riendo.

"Nos dice un testigo:—"Nosotros creíamos que todo aquello formaba parte de la bufonada, pero observando que los soldados continuaban amenazando y que gritaban: *Matémoslos á todos!*, comprendimos la brutalidad del acto."

"Un teniente que reconoció al antiguo general les detuvo; sin embargo, un sargento le dijo:—"Mi teniente, voto á... nosotros pondremos paz aquí; esto es cuenta nuestra.

"Los soldados mataban por matar, y sino hé aquí lo que dice un testigo:—"En los patios de las casas mataron hasta los caballos y los perros."

"En la casa que con la de Frascati forma la esquina de la calle de Richelieu, se quiso arcabucear, con la mayor sangre fría, á las mujeres y á los niños. Ya estaban agrupados frente á un peloton, cuando se presentó un coronel que pudo evitar la matanza, y ordenó que se encerrase á aquellos pobres y temblorosos seres en el Pasaje de los Panoramas, cuyas rejas mandó cerrar por creer que así los ponía á salvo.

"Un distinguido escritor, M. Lireux, que pudo escapar á los primeros disparos, fué conducido durante dos horas de cuerpo de guardia en cuerpo de guardia para ser fusilado, pero por fin pudo salvarse milagrosamente.

"El célebre artista Sax, que se encontraba casualmente en el almacén de música de Brandus, iba á ser fusilado cuando un general le reconoció.

"En todas partes se mataba al azar.

"El primero que fué muerto en la ínicua carnicería (la historia también conserva el nombre del primer asesinado en la noche de San Bartolomé) se llamaba Teodoro Debasegue, y vivía en la casa de la esquina de la calle del Sentier, que fué donde empezó la matanza.

VII.

"Terminó ésta ya entrada la noche y empezó en pleno día, dejando los cadáveres en el sitio en donde cayeron. Eran tantos éstos, que solo delante de una

tienda, la tienda de Barbedienne, se contaban treinta y tres. Cada cuadrado de tierra abierto en el asfalto al pié de los árboles del boulevard formaba un receptáculo de sangre.

"Los muertos, dice un testigo, estaban acumulados en montones, los unos sobre los otros: ancianos y niños, blusas y paletós, aparecían en extraña confusión; cabezas, brazos, piernas, todo se veía entremezclado."

"Otro testigo describe de la siguiente manera un grupo de tres personas: "Dos de ellos estaban echados de espaldas; la tercera, tropezando sin duda con las piernas de las otras dos, había caído sobre ellas."

"Los cadáveres aislados eran muy raros, y se los observaba con más atención.

"Un jóven bien vestido que estaba sentado recostado en la pared, con las piernas abiertas, los brazos medio cruzados y llevando en la mano derecha un junco de Verdier, parecía que indiferentemente miraba todo aquello; pero estaba muerto.

"Un poco más lejos las balas habían tendido en la puerta de una tienda á un adolescente, que tenía en la mano unas pruebas de imprenta. El viento agitaba estas ensangrentadas hojas, que la mano crispada del muerto sujetaba con fuerza.

"Un pobre anciano de cabellos blancos estaba tendido en medio de la calzada con el paraguas al lado. Casi tocándole el codo yacía un jóven con botas de charol y guantes amarillos, llevando aun puestos los quevedos.

"Cerca de allí había tendida, con la cabeza en la acera y las piernas en el arroyo, una mujer del pueblo que había querido huir con su hijo de pechos, que aun llevaba en brazos. Madre é hijo estaban muertos, pero la madre aun apretaba contra su corazón al hijo de su alma.

"Ah! Sin duda me direis, monseñor Bonaparte, que estais muy afligido por tanta desgracia, pero que el mal era inevitable; que ante París dispuesto á sublevarse, se necesitaba tomar una determinacion, y que os habeis visto obligado á recurrir á tal necesidad; que, en cuanto al golpe de Estado, vos teniais deudas, vuestros ministros tenían deudas, vuestros ayudantes de campo tenían deudas, vuestros lacayos de á pié tenían deudas; que vos érais responsable de todo; que no se nace príncipe para no

comerse de vez en cuando algunos millones; que conviene divertirse un poco y gozar de la vida; que la falta es de la Asamblea, que no supo comprender todo esto y os quería condenar á vivir con la cantidad exígua de dos millones al año, obligándoos, lo que es más aun, á dejar el poder al cabo de cuatro años y practicar las leyes de la Constitución; que es muy triste, despues de todo, salir del Elíseo para entrar en Clichy; que habeis en vano recurrido á los insignificantes expedientes prevenidos por el artículo 405; que los escándalos se aproximaban; que la prensa demagógica charlabá; que el negocio de los lingotes de oro se iba á aclarar; que debeis respeto al nombre de Napoleon, y que ¡naturalmente! no teniendo otro medio para no ser uno de los vulgares estafadores que castiga el Código, habeis preferido ser uno de los grandes asesinos de la historia.

„Por lo tanto la sangre que se ha deramado, en vez de mancharos, os lava.

„Magnífico!...

„Continúo.

VIII.

„Cuando todo hubo terminado salió Paris entero á ver lo ocurrido; la muchedumbre afluia á aquellos lugares, que habian sido teatro de las escenas más terribles, sin que nadie la molestara. Es lo que quería el asesino. Luis Bonaparte no habia hecho todo aquello para luego ocultarlo.

„El lado Sur del boulevard estaba lleno de los papeles de los cartuchos rayados; la acera del lado Norte desaparecia bajo el yeso, arrancado por las balas, de las fachadas de las casas, y estaba tan blanca como si hubiera nevado; los charcos de sangre formaban grandes manchas negruzcas sobre aquel nevado de ruinas.

„Cuando el pié evitaba un cadáver, tropezaba con cristales rotos, con yeso desprendido ó con piedras arrancadas. Ciertas casas estaban tan acribilladas por la metralla y las balas rasas, que parecia que iban á desplomarse; entre otras la casa Sallandrouze, de la que ya nos hemos ocupado, y el almacén de géneros de luto que estaba en la esquina del arrabal de Montmartre.

„La casa Billecocq, dice un testigo, está hoy todavía apuntalada por gruesas vigas, y la fachada tendrá que reconstruirse en parte. La fábrica de alfom-

bras y tapices está aun agujereada en varios puntos.

„Otro testigo dice: „Todas las casas, desde el Círculo de los Extranjeros hasta la calle Poissonnière, están materialmente acribilladas de balas, y sobre todas de la parte que mira al boulevard. Uno de los grandes espejos del almacén de la *Petite Jeanette* habia recibido con seguridad más de doscientas balas; no habia ventana que no tuviese la suya: se respiraba en el almacén una atmósfera saturada de salitre.

„Habia amontonados treinta y siete cadáveres en el centro de la Bergère, pudiéndolos contar los transeuntes al través del enverjado.

„Se habia detenido una mujer en la esquina de la calle de Richelieu, mirando como otros tantos, cuando de pronto notó que tenia los piés mojados.

„—Calle! habrá llovido? preguntó; tengo los piés en el agua.

„—No, señora, le contestó un transeunte, no están en el agua.

„Y efectivamente, se bañaban en un mar de sangre.

„En un rincón de la calle Granje-Batelière yacian tres cadáveres enteramente desnudos.

„Durante la mortandad las barricadas del boulevard habian sido tomadas por la brigada Bourgon. Los cadáveres de los defensores de la barricada del lado de San Dionisio fueron amontonados delante de la puerta de la casa Jouvin. „Pero, dice un testigo, nada era comparable con los montones que cubrian el boulevard.

„A dos pasos del teatro de Variedades la muchedumbre se detenia para mirar una gorra llena de sesos y sangre enganchada en la rama de un árbol.

„Dice un testigo: „Un poco más allá del teatro de Variedades encontré un cadáver con la cara contra el suelo; quise volverle, ayudado por algunas personas, pero los soldados nos rechazaron... Algo más allá habia dos cadáveres, el de un hombre y el de una mujer; despues otro, el de un obrero...” (Abreviemos.)

„De la calle de Montmartre á la del Sentier se andaba materialmente por encima de la sangre, que cubria la acera en algunos puntos, y sin hipéboles, era menester mucha precaucion para no mojarse los piés. Conté allí treinta y tres cadáveres. Tal espectáculo era superior á mis fuerzas; gruesas lágrimas rodaban por mis mejillas. Supliqué que me dejasen atravesar la calzada para

entrar en mi casa y me concedieron lo que pedía.

„Dice otro testigo:—“El aspecto del boulevard era horrible. *Hablando con propiedad, andábamos sobre sangre*, y contamos diez y ocho cadáveres en la corta extension de veinticinco pasos.

„Otro testigo, mercader de la calle del Sentier, dice:—“Recorrí el trayecto del boulevard del Temple hasta mi casa, entrando en ella con una pulgada de sangre en el pantalon.”

„Refiere el representante Versigny: „Apercibíamos á lo lejos hasta cerca de la puerta de San Dionisio los inmensos fuegos de los vivacs de la tropa. Era casi la única luz que permitia ver tan horrible carnicería. El combate del día no era tan imponente como el espectáculo que ofrecian tantos cadáveres en medio de tan lúgubre silencio. R... y yo estábamos horripilados. Un ciudadano que pasaba, al oír una de mis exclamaciones, se acercó, me cogió la mano y me dijo: „Usted es republicano: yo era lo que se llama un amigo del orden, un reaccionario, pero era preciso estar dejado de la mano de Dios para no ejecutar tan horrorosa orgía; ¡la Francia está deshonorada!,” me dijo, y se marchó sollozando.

„Un testigo que nos permite decir su nombre, un legitimista, el respetable M. de Cherville, declara:

„...Por la noche quise comenzar otra vez las tristes investigaciones. En la calle Le Pelletier encontré á MM. Bouillon y Gervais (de Caen); despues de dar algunos pasos juntos resbalé Me cogí de M. Bouillon para no caer, me miré los piés y ví que habia andado por un charco grande de sangre. Entonces monsieur Bouillon me contó que por la mañana, estando en la ventana, habia visto al farmacéutico, cuya botica me enseñó, ocupado en cerrar la puerta. En esto una mujer cayó; el farmacéutico se apresuró á levantarla, pero en el mismo instante un soldado le apuntó y le clavó una bala en la cabeza. M. Bouillon, indignado y olvidando su propio peligro, gritó á los transeuntes que allí habia:—“Vosotros todos testificareis lo que acaba de pasar.”

„Hacia las once de la noche, cuando iluminaron los vivacs por todas partes, M. Bonaparte permitió que se divirtiese la tropa, y celebró en el boulevard una especie de fiesta nocturna. Los soldados reian y cantaban echando al fuego el resto de las barricadas; se verificó des-

pues, como en Estrasburgo y Bolonia, la distribución de dinero.

„Oigamos lo que cuenta un testigo: „Yo ví, en la puerta de San Dionisio, que entregaba un oficial de Estado Mayor doscientos francos al jefe de un destacamento de veinte hombres, diciendo:—“El príncipe me encarga que os entregue este dinero para que lo distribuyais entre vuestros bravos soldados. Y no limitará á esto las muestras de su satisfaccion.” Cada soldado recibió diez francos.

„En la noche de Austerlitz decia el emperador:—“¡Soldados, estoy contento de vosotros!”

„Añade otro testigo: „Los soldados, con el cigarro en la boca, motábanse de los transeuntes y hacian sonar el dinero que llevaban en el bolsillo.”

„Dice otro: „Los oficiales rompian los rollos de luses como quien rompe barras de chocolate.”

„Los centinelas no permitian pasar más que á las mujeres; si algun hombre se presentaba, le gritaban:—“¡Eh, largo de ahí!” En los vivacs habia mesas, á las cuales estaban sentados oficiales y soldados, comiendo y bebiendo; la llama de las hogueras se reflejaba sobre sus alegres rostros. Los tapones y las cápsulas blancas de las botellas de Champagne sumergíanse en arroyos rojos de sangre. Los soldados de un vivac llamaban á los de los otros con grandes gritos y palabras obscenas, y se saludaban diciendo:—“¡Vivan los gendarmes! ¡Vivan los lanceros!,” añadiendo todos al final:—“Viva Luis Napoleon!”

„Se oia el choque de los vasos y el ruido de las botellas que se rompian.

„Y mientras éstos reian, acá y acullá, envueltas en la sombra, con una bujía de cera amarilla ó una linterna en la mano, varias mujeres reconocian los cadáveres, mirando una despues de otra los inanimados rostros, y buscando quién á su hijo, quién á su padre, quién á su esposo.

IX.

„Acabemos cuanto antes de dar tan horrorosos detalles.

„A la mañana siguiente, día 5, se vió en el cementerio de Montmartre una cosa espantosa.

„Un vasto espacio, vacío hasta este día, habia sido “utilizado,” para la inhumacion provisional de algunos de aquellos seres asesinados. Unos estaban enterrados con la cabeza fuera de la tierra, con

el objeto de que sus familias pudiesen reconocerlos. Otros, la mayor parte, tenían los pies fuera con un poco de tierra sobre el pecho. La muchedumbre aglomerábase allí y la nube de curiosos se empujaba, divagando por entre los sepulcros, sintiendo algunas veces hundirse la tierra bajo sus pies; era que andaban sobre el vientre de algun cadáver. Cuando esto notaban, se volvían á mirar, encontrándose por un lado botas, zapatos ó botitos de mujer, y por el otro una cabeza que, por la presión que ejercían sobre el cadáver, se movía.

„Un ilustre testigo, el famoso estatuario David, hoy proscrito y errante, dice: „Ví en el cementerio de Montmartre cuarenta cadáveres, vestidos todavía con sus trajes, colocados unos al lado de los otros; algunas paladas de tierra cubríanlos hasta la cabeza, que dejaron descubierta para que los parientes pudiesen reconocerlos. Era tan escasa la tierra que se les había echado, que veíanse por todas partes los pies descubiertos. El público caminaba por encima de estos cadáveres, lo que me producía efecto horrible. Entre ellos veíanse las nobles cabezas de algunos jóvenes, manifestando valor hasta después de la muerte. Veíase también la criada de un panadero que la mataron en el momento que repartía el pan á los parroquianos de su amo, y á su lado una hermosa joven vendedora de flores del boulevard. Los que buscaban alguna persona desaparecida de la familia, veíanse obligados á atropellar los pies y los cuerpos de aquellos cadáveres para poder ver de cerca las cabezas.

„Oí á un hombre del pueblo decir con expresión de horror: „Se pasa por encima de los muertos como por encima de un trampolín.”

„La muchedumbre continuó recorriendo los diversos lugares en que depositaron las víctimas y sobre todo el centro de Bergère. Pero en este mismo lugar y en el mismo día 5, como la gente cruzase molestando y á fin de alejar á los curiosos, se puso un gran cartelón con estas palabras, escritas con letras mayúsculas:—*Aquí no hay cadáveres.*

„No retiraron los tres cadáveres de la calle Grange-Batelière hasta el día 5 por la noche.

„Como se vé, en el primer momento, y por el provecho que quiso sacar del golpe de Estado, no pensó en buscar medios para ocultar su crimen. No se ruborizó hasta más tarde. El primer día, por el

contrario, hizo ostentación de su delito. Además de ser atroz quiso ser cínico. Matar fué su medio y aterrorizar su objeto.

X.

„Consiguió el objeto que se propuso?

„Sí.

„Inmediatamente después de la tarde del 4 de Diciembre, el hervor público decayó; el estupor heló á todo Paris.

„La indignación, que levantara su voz contra el golpe de Estado, calló súbitamente aterrorizada por la matanza. Lo ocurrido no tenía semejanza á ningun suceso de la historia, y comprendió todo Paris que se veía obligado á luchar con algo desconocido.

„Craso mató á los gladiadores; Herodes degolló á los niños; Carlos IX exterminó á los hugonotes; Pedro de Rusia á los Strélitz; Mehemet-Alí á los mamelucos; Mahmoud á los jenizaros, y Danton mató á los prisioneros. Luis Bonaparte inventó una nueva matanza; la matanza de los transeúntes.

„Dicha matanza terminó la lucha.

„Hay momentos en que lo que debía exasperar á los pueblos les consterna. El pueblo de Paris sintió que le oprimía el pié de un bandido la garganta y no luchó más.

„Aquella misma tarde, Mathieu (de la Drôme) entró en donde estaba reunido el comité de resistencia y nos dijo: —“Ya no estamos en Paris, ya no tenemos República; estamos en Nápoles y sufriendo el yugo del rey Bomba.”

„Desde este momento, y á pesar de los esfuerzos del comité, de los representantes y de sus valerosos auxiliares, solo hubo ya en algunos puntos, como por ejemplo en la barricada del Petit-Carreau, débil resistencia, que se asemejaba, más que á un combate, á las últimas convulsiones de la desesperación. Todo había ya terminado.

„Al día siguiente, 5, las tropas victoriosas maniobraron, haciendo alarde en los boulevares. Se vió á un general enseñar el sable desenvainado al pueblo y gritar:—“*¡La República, aquí está!*”

„La degollación infame, la matanza de los transeúntes, fué la necesidad suprema, la “medida,” del 2 de Diciembre. Para ejecutarla se necesitaba ser traidor; para hacerla triunfar se necesitaba ser asesino.

„Por este procedimiento el golpe de Estado conquistó la Francia y venció á Paris. Sí, á Paris! Es preciso repetírselo

LIBRO CUARTO

Los otros crímenes.

I.

Cuestiones siniestras.

„Cuál fué el total de muertos?

Luis Bonaparte, sintiendo venir la historia é imaginándose que los Carlos IX pueden atenuar lo que acaeció en San Bartolomé, ha publicado, como documento *justificativo*, un estado llamado oficial “de las personas muertas el 2 de Diciembre.”

Se encuentran en la lista *alfabética* (1) menciones como las que siguen:

„Adde, librero, habitante en el boulevard Poissonnière, número 17; muerto en su casa.

Boursier, niño de siete años y medio; muerto en la calle Tiquetonne.

Belbal, ebanista, habitante en la calle de la Luna, número 10; muerto en su casa.

Coquard, propietario de Viere (Calvados); muerto en el boulevard Montmartre.

Debaecque, negociante, habitante en la calle del Sentier, número 45; muerto en su casa.

De Couvercelle, florista, habitante en la calle de San Dionisio, número 257; muerta en su casa.

Labilte, bisuterero, habitante en la calle de San Martin, número 63; muerto en su casa.

Moupeles, perfumista, habitante en la calle de San Martin, número 181; muerto en su casa.

Señora Grellier, ama de gobierno, habitante en el arrabal de San Martin, número 209; muerta en el boulevard Montmartre.

Señora Guillard, empleada en el comercio, habitante en el arrabal de San Dionisio, número 77; muerta en el boulevard de San Dionisio.

Señora Garnier, ama de llaves, habitante en el boulevard Bonne-Nouvelle, número 6; muerta en el boulevard de San Dionisio.

(1) El empleado que ha formado esta lista es, lo sabemos cierto, un estadista tan exacto como entendido, y formuló, sin que nos quepa duda alguna, el estado, de buena fé y con los datos que se le dieron, sin que nada pudiera hacer sobre los que le ocultaron. Queda, por lo tanto, el campo abierto á las conjeturas.

uno á sí mismo para creerlo. ¡En Paris! es donde ha ocurrido todo esto!

„Dios eterno! ¡Los basquiros entraron en Paris lanza en ristre y entonando su canto salvaje cuando Moscou fué abrasado; los prusianos entraron en Paris porque les tomaron á Berlin; los austriacos entraron en Paris porque Viena fué bombardeada; los ingleses entraron en Paris porque el campamento de Boloña habia amenazado á Lóndres; todos esos hombres, de naciones tan variadas, que llegaron á nuestras barreras á tambor batiente, tocando los clarines, con las banderas desplegadas, los sables desenvainados, arrastrando cañones, con las mechas encendidas, enagenados por el triunfo, enemigos, ávidos de venganza, vencedores, invocando con furor ante las cúpulas de Paris los nombres de sus capitales, Lóndres, Berlin, Viena, Moscou; todos esos hombres, decimos, cuando apenas pusieron el pié en la entrada de la ciudad; cuando apenas las herraduras de sus caballos resonaron en los empedrados de las calles; cuando, en fin, austriacos, ingleses, prusianos y rusos entraron en Paris y notaron en sus murallas, en sus edificios, en su pueblo, algo de predestinado, de venerable y de augustísimo, sintieron el santo horror que les inspiró la ciudad sagrada y comprendieron que se levantaba ante sus ojos, no la ciudad de un pueblo, sino la ciudad del género humano, y las espadas entonces les cayeron de las manos.

„Asesinar á los parisienses; tratar á Paris como plaza tomada por asalto; entrar á saco uno de sus barrios; violar la segunda Ciudad Eterna; asesinar la civilización en su santuario; ametrallar á los ancianos, á los niños y á las mujeres; lo que Wellington habia impedido á sus montañeses semidesnudos; lo que Blücher no permitió á su landwehr; lo que Platow no habia osado mandar á sus sacos, tú, tú te atreviste á mandar á los soldados franceses, para cubrirte eternamente de vergüenza y de oprobio; vergüenza y oprobio que no alcanza al pueblo francés, que protesta de tu execrable crimen.”